



El Eco de Cartagena

Año XXXI.

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 8892

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

CONDICIONES

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas. Tres meses, 6 id.—Provincias.—Tres meses, 7'50 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia se dirigirá al Administrador.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31, y en Londres, Agencia General Española, 6, Great Winchester, Street.

—LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN CALLE MAYOR 124.—

SÁBADO 20 DE JUNIO DE 1891

ALMANAQUE ILUSTRADO DE EL ECO DE CARTAGENA para 1892.

Se admiten anuncios en la Administración de este diario.

Vichy catalán.—Véase anuncio cuarta plana.

ECOS DE VIAGE.

París 17 Junio 1891

Prometi consagrar algunas líneas á la ciudad de Barcelona, que es bajo todos conceptos digna de admiración y aprecio, y voy á cumplir mi promesa. Los magníficos y numerosos edificios que forman la población nueva, el ensanche, recuerdan las más adelantadas capitales de Francia y de Inglaterra. Por esto y por la animación que reina en las calles de la ciudad condal; por el trabajo, la actividad y el movimiento que la caracterizan, se puede asegurar sin exageración que Barcelona es una reducción de París.

Cuatro ó cinco empresas de tranvías y ómnibus surcan en todas direcciones el extenso perímetro, que sin los numerosos pueblos estrechamente unidos á la ciudad por las costumbres y los intereses, y separados únicamente por los felatos de consumos, es semejante al de Madrid. En el Puerto, en las calles, en las plazas, en las tiendas, en los obradores, en las fábricas hay una verdadera exhuberancia de vida desde las siete de la mañana hasta el anochecer.

Los domingos en Barcelona son también semejantes á los que ofrecen París.

El domingo que pasé en Barcelona ofreció el siguiente variadísimo programa. Por la mañana concierto en el Palacio de la Exposición Bellas Artes, con el concurso de la admirable banda de música municipal y las sociedades corales que creó el inolvidable Clavé. Por la tarde: regatas en el puerto, funciones en todos los teatros, procesión típica con gigantones en Sarriá y S. Gervasio, subida á Miramar, excursiones á Tibi Dabo, altura desde la que se descubren setenta y tantos pueblos, venerada montaña de Monserrat y la inmensidad del mar. En Valvidriera que se halla en la mitad de la falda del monte Tibi Dabo hay cinco ó seis *restaurants* donde se merienda muy bien y sobre todo con un excelente apetito. Por la noche volvieron á llenarse los teatros, los cafés y particularmente el de la Alhambra en el paseo de Gracia que seguramente ocupa un espacio de cien metros de largo por cuarenta de ancho.

En todas partes había gente; los ferrocarriles, el tranvía de vapor, los tranvías de sangre, los ómnibus, los coches arrojaban al anochecer en las ramblas, en la grandiosa plaza de Cataluña y en el Paseo de Gracia millares de perso-

nas, todas alegres, todas satisfechas y sin que hubiera ocurrido ningún incidente desagradable

No es extraño que en una población de tanta vitalidad, de tanta riqueza haya podido nuestro famoso compañero en la prensa Peris Mencheta fundar un periódico y enriquecerse con él en menos de dos años. Y eso que hay muchos en Barcelona y muy acreditados y algunos con suscripción numérica. Pero «El Noticiero Universal» rindiendo culto á la insaciable curiosidad del público, ha logrado acreditarse y muy en breve tendrá casa propia como el «Imparcial» y «La Correspondencia» de Madrid dándose el caso frecuente de que en dos ó tres años un periodista explotando la noticia, haya llegado á hacer fortuna.

Prosiguiendo mi viage agradablemente impresionado, no solo por el efecto que había producido en mi ánimo la capital de Cataluña que no había visto desde algunos años, sino por las muchas atenciones y bondades que buenos amigos y estimados compañeros me prodigaron, tomé el expres que desde el 1.º de Junio sale de Barcelona para París los lunes, jueves y sábados recorriendo el trayecto en veinticuatro horas, viage rapidísimo si se compara con los que hacen los trenes ordinarios.

Antes de llegar á Port-Bou me refirieron un suceso reciente que había ocurrido en la aduana española. El protagonista fue un catalán que quiso sin faltar á la ley, aun que sí á las costumbres establecidas, introducir sin pagar derechos un sombrero que había comprado en París.

En Cerbere que es donde se halla la aduana francesa á cuatro minutos de Port Bou, se quitó la gorra y con sorpresa de los que iban en su compartimento próximo, y después de todos los viajeros, sacó de una cajita el sombrero femenino, y se lo colocó en la cabeza como si fuera un hongo.

No hay para qué decir el efecto de risa que produjo aquella humorada que tenía por objeto defraudar á la hacienda.

Todo el mundo se miraba y unos cuchicheaban y otros le miraban con compasión.

—Es un loco! decían.

—Qué lástima de hombre.

Los carabineros comprendieron desde luego la treta y le salieron al momento.

—Caballero ese sombrero es nuevo y no puede pasar sin pagar los derechos.

—Sea nuevo ó viejo lo llevo puesto y lo que un viajero usa está libre de pago.

—Pero V. es un hombre y ese sombrero es de mujer.

—No lo niego; cítenme ustedes la ley que prohíbe á los hombres cubrirse la cabeza como mejor le cuadre y entonces hablaremos.

Los que me referían la aventura, añadieron que consultado el caso no hubo más remedio que dejarle pasar. Pero si en la Aduana no era posible obligarle á cubrir su cabe-

za á la usanza masculina, el comisario pudo muy bien mostrarle que no está permitido vestirse de máscara más que en carnaval.

En el tren en que yo iba llegaron hasta Lyon la Pasqua y el empresario del regio coliseo. En París me detendré diez ó doce días y desde aquí escribiré mi próximo artículo.

JULIO NOMBELA.

VARIEDADES

CARIÑOS QUE ENSEÑAN.

¡Nunca se olvidará de mi memoria aunque quisiera!...

Angelina era el nombre de aquella mujer, que tan interesante en su figura como en su historia y trato, había despertado en mí el interés que nadie puede imaginar.

¡Hace ya algunos años!... empezaba yo á sufrir los primeros exámenes de mi carrera en la Universidad Central y la ví por primera vez con esa indiferencia del que cree no acordarse de aquel primer momento, ni presumir tampoco que ha de repetirse nuevo instante de admirar desde cerca alguna hermosura de esas que cautivan...

La costumbre diaria por mi parte de concurrir á los paseos del Retiro en esta época, en que los de pueblo como yo tanto podemos contemplar, diéronme nuevamente ocasión de volver á ver aquella belleza y andando el tiempo de saludarla, honrarla con su trato y de quererla hasta el punto; de que por estos días en que se cumplen años, falta ya del mundo, no puedo contenerme á derramar alguna lágrima en memoria de su grato recuerdo!...

Preocupado por aquella criatura de verdadera historia interesante, previas las continuadas escenas de amistad, llegué á obtener de su bondad como recompensa á mi insistencia, una nueva entrevista en aquel mismo sitio, donde como digo la había visto, acompañada de unos niños de los que por su temprana edad no podía ser madre.

En la Exposición de pinturas—me dijo aquella tarde que refiero— como término de un grato coloquio sostenido con ella, á la vez que estrechaba su mano é inclinando con aire de reina un poco la cabeza hacia escapar de sus labios el consabido «hasta mañana».

Las cuatro era la hora y abandonando por aquel día los deberes de mi muy modesto cargo, eran las dos si caso cuando pedía permiso de ausentarme al Jefe, saliendo con dirección á casa, donde había de limpiarme muy mucho los zapatos, vestirme con mi mejor ropa, peinarme con esmero y atizarme la corbata y cue!lo sus doscientas veces como el más rabioso enamorado... ¡Con qué gusto recuerdo aquellos días!...

Se me hacia tarde, eran las cuatro menos cinco cuando de paso por el estanque grande del Retiro, me dominaba el interés de conocer la puntualidad de *Angelina* en aquella primera cita de nuestros amores: de nacionalidad inglesa y educada en

uno de los mejores colegios de Londres, no desmintió su naturaleza y acompañada de los niños citados, permanecía sentada en uno de los bancos de la referida Exposición; conocí esperaba, me lo dijo su cara al ver que la placida sonrisa de sus labios contestando á mi cortés saludo.

¡Diez y ocho años contaba entonces tan solo la *Angelina* y hallándose en la primavera de la vida asombraban sus universales conocimientos é instrucción; conocía Alemania hablando su idioma con la perfección de los hijos y habitantes constantes de Berlín, había pasado muchas temporadas en Italia y era su profesión la de instruir aquellos dos niños, de quien nunca se separaba, en el francés é inglés, los que apesar de su temprana edad poseían más á la perfección que nuestro hermoso y desgraciado de Cervantes. No les hacía falta seguramente... eran ambos chicos únicos herederos de un apellido y fortuna que había de ponerlos en primera línea de posición en nuestra sociedad...

—Pocos meses pasaron, la intimidad de mis relaciones con *Angelina* pusieronme al dedillo de su estado y situación, como igualmente á ella de conocer el mío.

Era sola en el mundo, ganaba la vida en la profesión de institutriz, (*Missita* se llama en el lenguaje aristocrático) y resultaba en el fondo de su alma la mujer más inocente de nuestra cenagosa sociedad. Aunque de temperamento muy delicado era un tipo *Angelina* de forma escultural, sus ojos de expresión tan viva como largas eran sus pestañas, unido á sus dientes de perfección acabada, cubiertos por el coral humano de sus labios, hacían interesante para mí aquella mujer solo con estos méritos á los que unió después otros muchos de valor infinito...

Tenia yo entonces diez y seis años; *Angelina* dicho se está que resultaba suficientemente capaz de dar al traste con mis libros y antes que adquirir yo las primeras nociones de quien fué Justiniano y de sus códigos, con las teorías económicas de Ricardo Mhaetus y Adam Shmit, me preocupaba más la hermosura de aquella mujer y el deseo de pasar á su lado el tiempo que se invierte en las aulas, diciéndole cuanto me gustaba, cuanto la quería y en una palabra, dar expansión á mi enamorado corazón.

¡Jamás lo pude conseguir! más que un amor había encontrado yo una madre; la parte activa que tomó *Angelina* por conocer mi vida, é interés solícito con que preguntaba por mis asuntos, las contrariedades y sacrificios que hizo siempre en mi obsequio y los consejos que con su claro talento me ponían á salvo de cualquier contrariedad de la vida, tan frecuentes en los que somos jóvenes, me probaron repetidas veces que aquella mujer lo hacía todo por mí y que en el transcurso de tres años había llegado á tomarme verdadero cariño.

¡Yo no podía ya vivir sin ella y se resultaba indispensable vernos todos los días.

Pasó el tiempo; terminada la mi-

sión de *Angelina* con aquellos niños que educaba por haber pasado éstos á segunda enseñanza, salió de aquella casa para meterse en un modesto cuarto en calidad de huésped.

Pocos días transcurrieron en su nueva morada sin que, bien por la diferencia del trato, alimentación ó escasez de recursos, *Angelina* víctima de su antiguo delicado estado cayera enferma con la necesidad de postrarse en cama.

Un día y otro día transcurrieron sin encontrar alivio, y uno y otro duro de los suyos y míos fueron gastándose hasta agotarlo todo, llegando al estado de la mayor miseria.

Una tarde, producto sin duda de inconstante preocupación por aquella mujer, extendiéndome en mi diaria visita más que de ordinario, le propuse y así lo acordamos trasladarle á una de las clínicas de San Carlos en vista de su estado.

Así lo hicimos: la mañana siguiente acudía en su busca con el correspondiente *simon*, cuyo vehículo nos sirvió para llegar al hospital donde previas las indispensables diligencias ya previstas por mí, tuvo ingreso en aquellas salas.

Al día siguiente, de los destinados á la libre entrada del público durante ciertas horas, no tardé mucho en llegar á San Carlos ansioso de conocer el estado de mi inglesa.... con reloj en mano, creo hubiese resultado escaso el tiempo empleado por mí en transcurrir aquellos interminables corredores.

En efecto, había sido colocada en la sala segunda y señalada con el número catorce se encontraba la cama donde estaba ya instalada mi *Angelina*.

Escaso tiempo permanecí aquel día junto á su lado; en las tres ó cuatro horas había de ver y hablar á enfermeros, alumnos internos y madres de caridad sobre mi interés por la enferma; me satisfacía por aquel momento conseguir la entrada y salida cuando quisiera, finjendo ser compañero de los estudiantes de facultad á cuyo cargo como prácticas corren los enfermos de aquellas clínicas.

No me costó trabajo conseguir de aquel personal incluso las madres de caridad mi objeto, y tanto Rafael—que así se llamaba el interno con quien yo pacté mi deseo—como Sor Ignacia, madre directora de la sala á que pertenecía *Angelina*, me dispensaron atenciones que jamás les olvidaré y que quedaron grabadas en el fondo de mi alma.

Los siguientes días ya pasé más tiempo al lado de mi enferma, junto á su cama se encontraba una silla en donde me sentaba y repitiéndole cien veces diariamente que la quería más que á mi vida, no recuerdo si llegué á imprimírle algún beso en su débil y amarillenta mano, que impresionado por la melancolía que me ofrecía aquella situación es posible le diera!

Las altas ventanas de la sala entreabiertas, daban tétrica luz á aquel recinto, á cuyo extremo y en iguales distancias de las dos prolongadas filas de camas se proyectaba la imagen de una virgen en modesto nicho colocada!... ¡Más